

## EL VALOR DE LA VIDA

Me invitaron a compartir algunas reflexiones en relación al valor de la vida. Y ante la iniciativa, me detengo y pienso... En la propuesta ya existe una idea implícita que merece destacarse: la vida es un valor. La vida es valiosa. Toda vida vale. ¡Y cómo no aceptar la propuesta! Resultó ser una hermosa posibilidad para pensar junto a otros cuánto encierra el valor de toda vida humana. Comencemos por el principio:

Algo es indudable... Nadie eligió nacer... Así como nadie eligió en qué momento o contexto hacerlo. Esto nos abre la puerta a una primera afirmación: **La vida humana es un don. Un don valioso, un regalo.** Y a los dones se les dice gracias. ¡Es una gracia estar vivos! Y frente a esto ¡qué mejor que saber agradecer la vida que nos fue dada!

Pero si avanzamos un poco más advertimos que la vida humana no nos fue regalada sin más. La dignidad que a toda vida humana se le confiere proviene de su mismo fundamento. Y es que es el mismo Dios el que nos hace dignos al regalarnos vida hecha a su imagen y semejanza. ¡Incomensurable regalo!

Semejante don no puede ser vivido sin clara conciencia de la tarea que trae consigo. Por eso podemos decir que **la vida es don y tarea.** Que toda vida es un regalo tan singular y personal como la tarea que se le encomienda. Tarea que se traduce en misión. Y es que toda persona tiene una misión existencial y cuenta con “toda una vida de ventaja” para descubrirla. Allí radica la sabiduría de la tan repetida frase: “se trata de honrar la vida”.

Vida, don, tarea, misión pensada y amada por Dios desde toda la eternidad para que yo, vos y cada uno de nosotros seamos felices. Porque de eso se trata. Al descubrir aquello a lo que hemos sido llamados respondemos a nuestra vocación última y se juega en esa respuesta la posibilidad de ser felices. ¡Pequeña tarea!

Cada uno de nosotros es parte del sueño de Dios y de su misterio. La respuesta que demos es la tarea que tiene todo ser humano. Es una invitación a desplegar las potencialidades recibidas y lograr ser la “mejor versión de uno mismo”.

Por eso es incuestionable el derecho a la vida. Dado que ante la aparición de una vida, en cualquier circunstancia que suceda, no cabe preguntarse el por qué ya que es imposible explicar el misterio. Lo que sí vale plantearse es el para qué. Y allí entramos nosotros, los educadores, laicos y religiosas, compartiendo vida y misión. Porque es nuestra responsabilidad cuidar esas vidas, todas las vidas, brindarles aquello que esté en nuestro alcance para que ese potencial se despliegue y cada uno llegue a ser aquello a lo que está llamado. Así seremos protagonistas en el proceso de desarrollo personal del que es capaz cada persona, cada alumno que pase por nuestras manos

Eso sí, hay condiciones necesarias que deben estar presentes: confianza y paciencia. Confianza en las posibilidades de cada alumno. Paciencia respetuosa de los tiempos, los ritmos y las diferencias personales. Nos exige además gestos de auténtico amor pedagógico que no entienda de facilismos, que fragua su tarea en el delicado equilibrio entre la exigencia, el límite y el acompañamiento incondicional cuya única meta es el desarrollo pleno de cada alumno. Tarea educativa que solo se explica a través del amor, aquel que busca el bien del otro en tanto otro, desinteresado, despojado, siempre dispuesto a darse a los otros para el bien de los demás.

Es en este marco que los colegios de la Anunciata hoy volvemos a pensar el lema que inspira nuestra labor: *Comprometidos con la justicia y la paz cuidemos juntos nuestra casa común*. Es una invitación renovada a obrar descubriendo la singularidad del otro para darle lo que merece y necesita, condición indispensable para generar vínculos armónicos y pacíficos a partir de lo cual será posible velar por aquello que resulta esencial: cuidar la vida, la vida de todos, la vida de cada uno que en comunión conforman comunidad: nuestra casa común.

Gabriela Mango  
Equipo de Gestión Argentina